

Con Jesús en el Tabor o en el Calvario

El escándalo de la cruz

1. Es antiguo –desde hace varios siglos– que la Iglesia nos invite a considerar en el segundo domingo de Cuaresma la escena de la Transfiguración del Señor. El motivo lo explica el prefacio de hoy: *Porque él mismo, después de anunciar su muerte a los discípulos, les mostró en el monte santo el esplendor de su gloria, para testimoniar, de acuerdo con la ley y los profetas, que la pasión es el camino de la resurrección*¹.

En efecto, muy poco antes de subir al Tabor, Jesús había anunciado a los discípulos su pasión: *el Hijo del Hombre debe padecer mucho y ser rechazado (...) y llevado a la muerte*². No sabemos bien qué tanto entendieron ellos sus palabras, pero es razonable pensar que se llenaron de tristeza. San León Magno sostiene que *el principal fin de la transfiguración fue desterrar del alma de los discípulos el escándalo de la cruz*³. Podemos imaginar que aquella noche el Señor quiso darles una gota de miel que suavizara la amargura que sus duras palabras habían suscitado. Lo cierto es que pocos días después, toma consigo a los tres discípulos más cercanos, Pedro, Santiago y Juan, y en presencia de ellos se transfigura de manera que *su rostro cambió de aspecto y sus vestiduras se volvieron blancas y relampagueantes*⁴. Además, aparecen a su lado dos personajes imponentes, Moisés y Elías, representando lo más sagrado para el pueblo de Israel: la ley y los profetas.

La Palabra única, perfecta e insuperable del Padre

2. San Lucas apunta que los discípulos estaban sumergidos en el sueño. Rodeados por ese impresionante misterio, no parecen comprender de qué se trata todo aquello hasta que se forma una nube de la que sale una voz que los ubica: *Este es mi Hijo, mi escogido; escúchenlo*⁵. Es la voz del Padre Eterno que marca el camino de la salvación: *escuchar a Jesús*. Él, como enseña el Catecismo, es *la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre*. *En él lo dice todo, no habrá otra palabra más que esta*⁶. En esa misma línea, san Juan de la Cruz añade: *Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar (...). Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no solo haría una necesidad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos en Cristo*⁷.

En efecto, Cristo es el Camino que la Iglesia debe siempre recorrer; la única voz que debe escuchar; el Buen Pastor que debe seguir confiadamente... Él es nuestra luz, nuestra

¹ Misal Romano, prefacio propio del II domingo de Cuaresma.

² Evangelio, Lucas 9, 22.

³ SAN LEÓN MAGNO, *Sermón* 50, 3. (Liturgia de las Horas del II domingo de Cuaresma).

⁴ Lucas 9, 29.

⁵ *Ibid.* 9, 35.

⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 65.

⁷ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, 2, 22.

ley, nuestro amor, nuestro consuelo... Qué lógico resulta que, ante esta situación, san Pedro exclame: *Maestro, sería bueno que nos quedáramos aquí y que hiciéramos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías*⁸.

Con Jesús en el Tabor

3. Es la irresistible tendencia humana a prolongar los momentos felices, a parar los relojes, en un afán de superar los límites del tiempo y del espacio. En su encíclica sobre la esperanza, Benedicto XVI escribía a propósito de la vida eterna: *con nuestro pensamiento podemos salir de la temporalidad a la que estamos sujetos y augurar que la eternidad (...) sea el momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos a la totalidad. Sería el momento del sumergirse en el océano del amor infinito (de Dios), en el cual el tiempo –el antes y el después- ya no existe (...). Vida en sentido pleno (...) que a su vez nos desborda de alegría*⁹.

Algo así habrá experimentado Pedro aquella noche inolvidable y algo semejante debiéramos de vivir nosotros, de vez en cuando, al hacer oración o al recibir a Jesús en la Eucaristía. Desprendernos de los lazos de las cosas terrenas para apreciar un poco esas *cosas de arriba donde está Cristo*¹⁰. En una reunión con un grupo de hijos suyos poco antes de morir decía san Josemaría: *Vamos a pensar lo que será el Cielo (...). ¿Se imaginan ustedes qué será llegar allí, y encontrarnos con Dios, y ver aquella hermosura, aquel amor que se vuelca en nuestros corazones, que sacia sin saciar? Yo me pregunto muchas veces al día: ¿qué será cuando toda la belleza, toda la bondad, toda la maravilla infinita de Dios se vuelque en este pobre vaso de barro que soy yo, que somos todos nosotros? (...) Vale la pena, hijos míos, vale la pena*¹¹.

Tenemos que ser capaces de estar a la vez en el Cielo y en la tierra. Con los pies bien fijos en este mundo nuestro en que nos ha tocado vivir, tratando con todas las fuerzas de mejorarlo, haciéndolo más digno, más justo, más humano... pero sin olvidar que aquí estamos de paso, que nuestra meta final es el encuentro con Dios en la vida eterna, sumergirnos gozosamente en ese océano de amor infinito que antes mencionamos.

Si el Señor permite que tengamos como un anticipo de esa felicidad aquí en la tierra, pues, ¡bienvenido sea! Es decir, si nos invita al Tabor, agradezcamos esos momentos luminosos y profundamente consoladores. Apreciemos la grata convivencia con las personas que amamos; o los contactos que podamos tener con la naturaleza (un atardecer en la playa, un campo lleno de flores en primavera, una montaña nevada, un cielo estrellado, un arco iris...); o tantas otras cosas agradables de la vida: escuchar un fragmento de buena música, la lectura de un libro, una buena película o la práctica de nuestro deporte favorito.

Pero también en el Calvario...

⁸ Lucas 9, 33.

⁹ BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 12.

¹⁰ Cfr. *Colosenses* 3, 2.

¹¹ *Hoja informativa para el proceso de canonización*, n. 1.

4. Ahora bien, hermanos míos, seamos conscientes de que Jesús también alguna vez nos pueda querer junto a Él en la cruz. En los momentos difíciles de la vida, ya sean personales o de nuestros seres más queridos: en la sala de espera de un hospital, en el desgarrón por el sepelio de un ser muy amado, en un quebranto económico, o en alguna violencia, calumnia o traición...

Ya sea en el Tabor o en el Calvario, lo importante es no olvidar que, como cristianos, en todo momento Cristo está con nosotros. Seamos conscientes de que Él nunca nos deja solos. Y, algún día, como recuerda san Pablo, *Jesucristo transformará nuestro cuerpo miserable en un cuerpo glorioso, semejante al suyo, en virtud del poder que tiene para someter a su dominio todas las cosas*¹².

Que la Virgen María, esperanza nuestra, nos ayude a descubrir, en las alegrías y en las penas, a Jesús que nos acompaña con su sonrisa, su sabiduría, con los amables gestos de su buen humor...

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 17 de marzo de 2019

¹² Segunda lectura, *Filipenses* 3, 21.